



La aventura del saber ha estado unida
infinidad de veces a la aventura de viajar.
Carl Sagan dijo que “desde la tierra hemos
aprendido la mayor parte de lo que
sabemos. Recientemente nos hemos
adentrado un poco en el mar, vadeando lo
suficiente para mojar nos los dedos de los
pies, o como máximo para que el agua nos
llegara al tobillo. El agua parece que nos
invita a continuar. El océano nos llama.”

viajeros y científicos

Del Beagle de Darwin al Pathfinder que
merodea la superficie de Marte existe una
cadena que evoluciona entre asombros y
experimentos.

En este número de *Elementos* nos
detendremos a escuchar textos de célebres
viajeros y científicos de los siglos XVIII y
XIX: del naturalista francés L. A. de
Bougainville, del alemán Alexander von
Humboldt, y de los científicos ingleses
Alfred Russell Wallace y Charles Darwin.

Historia natural de las Islas Malvinas *

L. A. de Bougainville

Todas las orillas del mar y de las islas del interior están cubiertas de una especie de hierba que se llama impropriamente *Gladiolus* o *espadicas*; es más bien una especie de gramínea. Es del más hermoso color verde y tiene más de seis pies de altura. Es retiro de los leones y lobos marinos; nos servían de abrigo como a ellos en nuestros viajes. En un instante se estaba instalado: sus tallos, inclinados y reunidos, formaban un techo, y su paja seca un lecho bastante bueno. Con esta planta cubrimos también nuestras casas; el pie es azucarado y nutritivo y preferido a cualquier otro pasto por los animales.

Los brezos, los arbustos y la planta que llamamos *gomer* son, después de esta gran hierba, las únicas especies que se distinguen en los campos. El resto está cubierto por hierbas menuditas, más verdes y más frondosas en los sitios húmedos. Los arbustos fueron un gran recurso para la calefacción; se les reservó en seguida para los hornos, así como los brezos; los frutos bermejos de éstos nos atraían mucha caza en la estación.

El *gomer*, planta nueva y desconocida en Europa, merece una descripción más extensa. Es de un verde manzana, y apenas tiene el aspecto de planta; se le tomaría más bien por una lupia o excrecencia de tierra de este color; no deja ver ni pie, ni ramas, ni hojas. Su superficie, de forma convexa, presenta un tejido tan prieto que no se puede introducir nada sin desgarrarlo. Nuestro primer movimiento era sentarnos o subir encima; su altura es apenas de pie y medio. Nos sostenía con tanta seguridad como una piedra, sin ser hollado por el peso; su anchura se extiende de un modo desproporcionado a su forma: hay *gomer* que tiene más de seis pies de diámetro, sin ser por eso más alto. Su circunferencia no es regular más que en las plantitas, que representan bastante bien la mitad de una esfera;

pero cuando están muy crecidas presentan huecos y jorobas sin ninguna regularidad. En varios sitios de su superficie se ven gotas del tamaño de un guisante de una materia tenaz y amarillenta, que en un principio llamamos *goma*; pero como no puede disolverse totalmente más que en los líquidos espirituosos, fue llamada *gomo-resina*. Su olor es fuerte, bastante aromático, muy parecido al de la terebentina. Para conocer el interior de esta planta, la cortamos exactamente en el terreno y la volvimos. Vimos al cortarla que arranca de un pie de donde se elevan una infinidad de ejes concéntricos, compuestos de hojas en estrella encajadas las unas en las otras y como enfiladas en un eje común. Estos ejes son blancos hasta poca distancia de su superficie, donde el aire los colorea de verde; al partirles sale de ellas un jugo abundante y lechoso, más viscoso que el del *thymales*; el pie es una fuente abundante de este jugo; así, que las raíces se extienden horizontalmente y van a mugronar a alguna distancia, de modo que una planta nunca está sola. Nuestro *gomer* parece gustar de la pendiente de las colinas, y todas las exposiciones le son indiferentes. Sólo el tercer año se trató de conocer su flor y su fruto, una y otro muy pequeños, porque no se les había podido transportar enteros a Europa.

En fin, se han traído algunas simientes para tratar de naturalizar esta singular y nueva planta, que podría hasta ser útil en medicina, ya que varios marineros se habían servido con éxito de su resina para curarse de ligeras heridas. Una cosa digna de notar es que esta planta, desprendida del terreno, vuelta al aire y así expuesta al lavado de las lluvias, pierde entonces toda su resina. ¿Cómo concordar esto con su disolución solamente en líquidos espirituosos? Cuando ha perdido su resina es de una ligereza sorprendente y arde como paja.

Después de esta planta extraordinaria se encontró otra de una utilidad probada y que le ha valido su nombre: tiene la forma de un pequeño arbusto y algu-

* Tomado de L. A. de Bougainville, *Viaje alrededor del mundo*, editorial Espasa-Calpe, Colección Austral No. 349, Buenos Aires.

nas veces reptaba bajo las hierbas y a lo largo de las costas. La probamos por capricho y la encontramos sabor de ginebra, lo que nos dio la idea de ensayarla para hacer cerveza. Habíamos traído una cierta cantidad de melaza y de granos; los procedimientos que empleamos superaron nuestras esperanzas, y una vez instruido el habitante, no careció jamás de esta bebida, que la planta hacía antiescorbútica; se la empleó muy específicamente en baños, que se hacían tomar a los enfermos, procedentes del mar. Su hoja es pequeña y dentada, de un verde claro. Cuando se la estruja entre los dedos se reduce a una especie de harina un poco glutinosa y de olor aromático.

Una especie de apio o de perejil silvestre muy abundante, una cantidad de acederas, de mastuerzos y *ceterach*, de hojas onduladas, suministraban, con esta planta, todo lo que se podía desear contra el escorbuto.

Dos frutos pequeños, uno desconocido, que se parece bastante a una mora, y el otro del tamaño de un guisante y llamado *lucet*, a causa de su semejanza con el que se encuentra en América septentrional, eran los únicos que nos ofrecía el otoño. Los de los brezos no eran comestibles más que para los niños, capaces de comer los frutos peores, y para la caza. La planta que llamamos mora, es rastrera; tiene su hoja parecida a la del carpe, prolonga sus ramas y se reproduce como las fresas. El *lucet* es también rastrero y tiene sus frutos a lo largo de sus ramas, provistas de hojuelas completamente lisas, redondas y de color de mirto; estos frutos son blancos y coloreados de rojo del lado expuesto al Sol; tienen el sabor aromático y olor de azahar, así como las hojas, cuya infusión, tomada con leche, ha parecido muy agradable. Esta planta se esconde bajo la hierba y gusta de los lugares húmedos; se encuentra en cantidad prodigiosa en las cercanías de los lagos.

Entre otras varias plantas que ninguna necesidad nos condujo a examinar, había muchas flores; pero todas inodoras, a excepción de una sola, que es blanca y de olor de tuberosa. Encontramos también una ver-

dadera violeta de un amarillo de narciso. Lo que se puede observar es que jamás encontramos ninguna planta bulbosa o de cebolla. Otra singularidad es que en la parte meridional de la isla habitada allende una cadena de montañas que la corta de Este a Oeste se vio que no hay, por decirlo así, ningún gomero resinoso y que en su lugar se encontraba en gran cantidad una planta de la misma forma y de un verde muy diferente, que no tiene la misma solidez ni produce ninguna resina, y cubierta a su tiempo de hermosas flores amarillas. Esta planta, fácil de abrir, está compuesta, como la otra, de ejes que parten todos de un mismo pie y van a terminarse en su superficie. Recorriendo las montañas se encontró algo más abajo de su cumbre, una gran especie de *Scolopendrium* o de *ceterach*. Sus hojas no están ondeadas, sino como hojas de espada. Se destacan de las plantas dos tallos maestros, que llevan su simiente por debajo, como los culantrillos de pozo. Se vio también sobre las piedras una gran cantidad de plantas deleznable, que parecen participar de la piedra y del vegetal; se pensó que podían ser líquenes; pero se dejó para otro lugar el probar si serían de alguna utilidad para la tintorería.

En cuanto a las plantas marinas eran más bien incómodas que útiles. El mar está casi todo cubierto de algas en el puerto, sobre todo cerca de las costas, hasta el punto que a las canoas les costaba trabajo aproximarse; no rinde otro servicio que el de romper la ola cuando la mar está gruesa. Se contaba con sacar un gran partido de ellas para abonar las tierras. Las mareas nos traían varias especies de coralinas muy variadas y de los más bellos colores; han merecido un lugar en los museos de los curiosos, así como las esponjas y las conchas. Las esponjas afectan todas las figuras de las plantas; están ramificadas de tantas maneras que cuesta trabajo creer que sean obra de insectos marinos. Por otra parte, su tejido es tan prieto y sus fibras tan delicadas, que no se concibe apenas cómo estos animales pueden alojarse entre ellas.

